

**MATÍAS NÉSPOLO BARCELONA**

Los premios, las publicaciones en el exterior, las traducciones y los viajes fuera de la isla parecen ser para la joven poeta cubana Cloe una doble condena más que una bendición. Para el régimen, que prohíbe la publicación y circulación de sus libros, el reconocimiento exterior está financiado directamente por el enemigo y la autora vive bajo sospecha como si fuera una agente de la CIA encubierta. A la vez, para los escritores e intelectuales cubanos en el exilio Cloe es una infiltrada de los servicios secretos cubanos que viene a dinamitar la disidencia. Mientras tanto la poeta vive esa doble marginación confinada en una vieja mansión de El Vedado, entre una tórrida aventura con un actor de Hollywood de origen latino, el descubrimiento de la identidad de su padres (muertos en un extraño accidente automovilístico) y la purga de un pecado imposible de lavar bajo el régimen: escribir lo que piensa.

De eso trata *Domingo de Revolución* (Anagrama), la nueva novela de la narradora y poeta Wendy Guerra (*La Habana, 1970*). Y cualquier semejanza con la vida real no es mera coincidencia, porque la autora de la celebrada *Todos se van* (Premio Bruguera, 2006) confiesa el andamiaje de «la autoficción», sin ambages. «Cloe soy yo», dice la escritora cautiva de esa misma doble sospecha de cara al régimen y a la disidencia en el exilio que la heroína de su obra, quizá la más implacable con la dictadura castrista de las que ha escrito hasta la fecha. Situación que vive «con mucho miedo, porque yo no soy Juana de Arco», aclara matizando el espejo de la ficción.

Domingo de Revolución nació de un relato que la escritora Ana María Moix, poco antes de morir, le aconsejó que desarrollara en novela. Y su título nació de una sugerencia de sus actuales editores en Anagrama y Feltrinelli, como una suerte de homenaje a aquel periódico opositor de Cabrera Infante, *Lunes de Revolución*, «porque estamos en un domingo, en ese punto indefinido en el que comienza y acaba algo», explica.

Sin pretenderlo, Guerra ofrece con esta novela una contundente respuesta a muchos de sus compatriotas en el extranjero que le afeaban cierta «ingenuidad» o tibieza a la hora de retratar la dictadura. «La ingenuidad se pierde pronto en Cuba, a los 13 años cuanto te obligan a empuñar una ametralladora como parte de la formación militar», dice la escritora acostumbrada como muchos a leer forrados los libros prohibidos. «El día que podamos tirar los frotros al fuego será maravilloso».

Guerra no sólo es consciente de que «en lo único que no mienten los periódicos cubanos es en la fecha», dispara; sino que además la fractura social que deja tras de sí seis décadas de dicta-

dura entre los cubanos exiliados y los que se han quedado en la isla es mucho más compleja que esa evidencia. Y el acercamiento de Barack Obama es una muestra más de esa complejidad. «El enemigo afroamericano nos ha dejado encandilados y ahora tendremos que buscarlo otro», ironiza.

Lo cierto es que la sospecha y la delación, como sucede en la novela, son la moneda corriente

entre los cubanos, dentro y fuera de la isla. «Tendrán que pasar al menos dos generaciones para que ya no haya ojos que te vigilen», dice en relación a lo que sucede incluso entre la gran colonia disidente de Miami, porque «los aviones te trasladan pero no te cambian por dentro».

De todo ello se ocupa Wendy Guerra en su novela, porque «las heridas para tratarlas, primero hay que nombrarlas». E incluso de lo que llama el «insilio», los

cubanos de la isla que con la diáspora han perdido amigos, hermanos o hasta parejas, como le sucedió al hombre con el que se casó. Una situación «como de guerra», que sin embargo la autora no está dispuesta a dejar. «No puedo vivir fuera de este conflicto, es mi caldo de cultivo complejo», dice. Pero a la vez confía en la literatura, y en autores como Pedro Juan Gutiérrez o Leonardo Padura que, al igual que ella, trabajan desde dentro «para abrir un espacio de diálogo».

Wendy Guerra está convencida que «la reconstrucción del país surgirá de una mesa en la que nos

sentemos todos los cubanos», dice, incluyendo a ambos extremos del espectro ideológico. No en vano dedica la novela a Gabo, con quien estudió en San Antonio de los Baños, y su foto de solapa es de Silvio Rodríguez, dos de sus más preciados interlocutores, que fueron su «escuela democrática» en un país donde brilla por su ausencia.

Sin embargo, «lo importante de este libro no era su dimensión política, sino cómo encontrar una voz poética para hablar de cosas tan duras», advierte Guerra, «como lo cotidiano en la isla, lo marginal, lo podrido», concluye.

LIBROS DOMINGO DE REVOLUCIÓN**«EN CUBA LA INGENUIDAD SE PIERDE PRONTO»**

Wendy Guerra dispara contra el régimen cubano desde la autoficción en su nueva novela



La escritora Wendy Guerra retratada en Barcelona.
ANTONIO MORENO